

La rebelión de las máquinas

Nota introductoria y traducción
de Ricardo Muñoz Nafría

© Ricardo Muñoz Nafría, por la introducción
y la traducción, 2018



A caballo entre los siglos XIX y XX y con cierta influencia decadentista, el eminente poeta, prosista, dramaturgo, traductor, crítico literario e historiador moscovita Valeri Yákovlevich Briúsov destacó como uno de los fundadores del simbolismo ruso. Sin embargo, muchas de sus obras todavía no han sido traducidas al español, algo que no ha contribuido precisamente a su conocimiento en el espacio hispanohablante y que pretendemos remediar en parte con la traducción que presentamos en las siguientes páginas.

Aunque Briúsov compuso el relato en prosa *Восстание машин* [*La rebelión de las máquinas*] en 1908, hubo que esperar nada menos que hasta los años ochenta del siglo pasado para que el escritor Vladímir Bronislávovich Muraviov publicara esta narración inconclusa en el tomo 85 de la revista literaria *Литературное наследство* [Legado literario] (1976, pp. 95-99) a partir de un texto autógrafa conservado en la Biblioteca Estatal de la URSS V. I. Lenin, actual Biblioteca Estatal Rusa situada en Moscú.

En esta obra de ciencia ficción, que en más de un sentido recuerda a la distopía *Республика Южного Креста* [*La república de la Cruz del Sur*] de 1905, el narrador protagonista elige, en cambio, la forma epistolar para relatar a un amigo sus recuerdos sobre las terribles consecuencias que ha acarreado el progreso científico en un mundo, que perfectamente podría ser el nuestro, en el que las máquinas cobran vida de improviso en una aparente conspiración contra los humanos.



Consciente de sus propias limitaciones mentales y de la inverosimilitud del relato, el narrador adopta una postura prudente y se justifica anteponiendo una emotiva introducción epistemológica que bien puede evocar los prólogos de la tradición historiográfica grecolatina o, como apunta Aleksandr Adólfovich Ilinski-Blumenau (1937, pp. 465-466), las palabras de Virgilio, cuya obra cumbre fue objeto de tra-



La rebelión de las máquinas

ducción por parte de Briúsov (Martirosova Torlone, 2014, pp. 232-233): «*Infandum, regina, iubes, renovare dolorem*» [Un dolor infando, reina, me ordenas renovar] (*Eneida*, II, 3).

A este tema de la tecnología rebelde volverá el autor en 1915 con su secuela «*Мятеж машин*» [*El motín de las máquinas*], pero tan solo llegará a escribir unas pocas páginas introductorias, publicadas también en *Литературное наследство* (Muraviov, 1976, pp. 100-103), que, contra toda expectativa que pueda generar el título, distan mucho del carácter que posee *La rebelión de las máquinas*. Por otro lado, con esta perspectiva paranoica y recelosa del progreso tecnológico contrasta una visión algo más heroica que encontramos, por ejemplo, en su narración de 1920-1921, también sin terminar, *Первая междупланетная экспедиция* [*La primera expedición interplanetaria*], donde los humanos consiguen aterrizar por primera vez en Marte (Muraviov, 1976, p. 70).

No antes de 1911, Briúsov redactó «*Пределы фантазии*» [Los límites de la fantasía], un artículo inacabado y no publicado que, como señala Muraviov (1976, pp. 70), evidencia el profundo interés del autor por este género y señala tres técnicas que el escritor tiene a su disposición a la hora de referir fenómenos fantásticos: representar un mundo distinto al que habitamos, introducir seres de otro mundo en el nuestro y cambiar las condiciones de nuestro mundo. Si tenemos en cuenta la considerable semejanza existente entre nuestra realidad y el lugar alternativo imaginado por el autor, podríamos considerar que es la tercera de estas técnicas la empleada en el caso que nos ocupa.

En su creativo afán por encarnar la sociedad del mañana o, como deja intuir el enigmático subtítulo, del ayer del futuro, *La rebelión de las máquinas* abunda en neologismos léxicos provenientes sobre todo del ámbito de la tecnología, muchos de los cuales resultan relativamen-

te identificables con inventos reales, sin que esto le impida recuperar también algún término del pasado, como ocurre con «*фема*» (*thema*), división administrativa del imperio bizantino que reaparecerá posteriormente en su obra *Летопись исторических судеб армянского народа* [*Crónica de los avatares históricos del pueblo armenio*]. En cualquier caso, he optado por reflejarlos en la traducción de la forma más fiel posible al original en un esfuerzo por transmitir en español esa misma sensación de extrañeza y novedad que, con toda seguridad, Briúsov buscaba para sus lectores.

Si bien se trata de una obra poco conocida en occidente debido a las circunstancias especiales que han determinado su transmisión textual, este curioso precedente de numerosas visiones apocalípticas en las que los artilugios modernos se acaban volviendo en contra de sus propios inventores, historias tan populares en nuestra época, sorprende todavía hoy en día por su frescura y actualidad. Además, tanto la anticipación de la catástrofe al inicio como el final abierto aportan la intriga necesaria para disfrutar de este relato lo mismo o más que si se tratara de uno completo.

Bibliografía citada:

- ILINSKI, Aleksandr Adólfovich (1937). «Литературное наследство Валерия Брюсова». *Литературное наследство*, tomo 27-28. Moscú: Журнально-газетное объединение.
- MARTIROSOVA TORLONE, Zara (2014). *Vergil in Russia: National Identity and Classical Reception*. Oxford: Oxford University Press.
- MURAVIOV, Vladímir Bronislávovich (1976). «Неопубликованные и незавершенные повести и рассказы». *Литературное наследство*, tomo 85: Valeri Briúsov. Moscú: Наука.



Valeri Yákovlevich Briúsov

La rebelión de las máquinas
(A partir de las crónicas del siglo ***)

I

¡Querido amigo!

Cedo ante tu insistencia y procedo a la descripción de los monstruosos acontecimientos que viví y que enterraron mi dicha. Tienes razón: quien ha visto con sus propios ojos los pormenores de una catástrofe terrible, sin precedentes en los anales del mundo, y ha permanecido tras ella en su sano juicio tiene la obligación de preservar sus trazos para los historiadores del futuro. Tales testimonios de contemporáneos constituirán un material preciado para quienes investiguen nuestra época y, tal vez, ayudarán a las próximas generaciones a precaverse contra los horrores que a nosotros nos han tocado en suerte. Así pues, por más pesar que me provoque recordar aquellos días, semejantes a un delirio pesadillesco, días que me arrebataron a todos los seres que amaba y a mí mismo me dejaron lisiado, escribiré representando con imparcialidad todo lo que observé personalmente y lo que oí de testigos oculares.

Es más, si no hubiera sido por tus palabras de persuasión y las consideraciones de que tras la trágica contienda apenas quedaron vivas unas pocas personas, jamás habría asumido esta trascendental tarea, pues en buena medida es superior a mis fuerzas. Quizá esté menos preparado que todos los demás para tal empresa, ya que puedo relatar tan solo los hechos externos: su sentido y sus causas escapan a mi comprensión. Todo cuanto puedo prometer es que reproduciré, con la máxima viveza y claridad de que sea capaz, los portentosos sucesos conocidos ahora con el nombre de «la rebelión de las máquinas», y que seré tan veraz como resulte posible a quien ha perdido la distinción entre realidad y sueño y ya no tiene conciencia de qué es real y qué es ilusión. Dar a los hechos una interpretación correcta, explicarlos,

corresponde a otros más informados y más instruidos.

Tú sabes que yo soy una persona corriente de su siglo, un vecino sencillo que cumplía honradamente con sus obligaciones para con el servicio público y consideraba tener derecho a dedicar su tiempo libre al descanso y los placeres. Al regresar a casa tras las horas de trabajo, era feliz en el seno de mi familia, con mi esposa, la pobre María, con mis dos hijos, tu predilecto Andréi y su hermana, la chiquitina Ana, y con su tía, mi madre, una ancianita a quien todo el mundo llamaba «la buena de Elizabeta». Lo que una vez aprendí en la escuela quedó en mi memoria como algo muy vago, y más tarde no tuve ni el tiempo ni las ganas de refrescar y completar mis bastante exiguos conocimientos. Que se ocupen de las ciencias, pensaba yo, quienes escogieron para sí esta liza, mientras nosotros, ordinarios ciudadanos, tras haber cumplido con nuestro deber, podemos disfrutar tranquilamente de los resultados de sus labores.

Al igual que la totalidad de nuestros coetáneos, yo aprovechaba todos los beneficios de las máquinas modernas, pero nunca reflexioné sobre la cuestión de cómo y dónde se ponen en movimiento o qué clase de mecanismo tienen. Me bastaba que las máquinas satisficieran mis necesidades y las de mis allegados, pero el cómo se lograra esto me traía sin cuidado. Apretábamos determinados botones o girábamos ciertas manivelas y obteníamos todo lo que necesitábamos: fuego, calor, frío, agua caliente, vapor, luz y así sucesivamente. Hablábamos por teléfono y escuchábamos del megáfono el periódico matinal o, por la tarde, alguna ópera. Al conversar con los amigos, accionábamos el telecinema en casa y sentíamos alegría al ver los rostros de nuestros interlocutores, o con el mismo aparato admirábamos a veces el ballet. Subíamos a nuestro apartamento en un



La rebelión de las máquinas

ascensor automático que llamábamos con el timbre, y del mismo modo accedíamos al tejado para respirar aire puro... Fuera de casa, confiado me montaba de un salto en el autobús, en el vagón del metropolitano y de la imperial, o me colocaba en la plataforma de un dirigible; en casos urgentes usaba motocicletas y aeroplanos. En las tiendas me gustaba desplazarme por la acera móvil, en los restaurantes recibía automáticamente las raciones pedidas, en el trabajo usaba una máquina de escribir eléctrica, un contador eléctrico, combinadores y distribuidores eléctricos. Por supuesto, nos sucedía que recurríamos a la ayuda del telégrafo, de los teleféricos, de los teléfonos a distancia y de los telescopios, asistíamos a electroteatros y fonoteatros, acudíamos a clínicas automáticas en el caso de afecciones de poca importancia, etc., etc. Literalmente a cada paso, casi a cada minuto, recurríamos a la ayuda de las máquinas, pero no nos interesábamos en absoluto por cómo estuviera condicionada; solo nos enojábamos cuando por el teléfono administrativo recibíamos notificación de que uno u otro aparato no funcionaría temporalmente.

El uso de las máquinas, como todos saben, iba sencillamente hasta el extremo. Incluso mi pequeño Andréi sabía distinguir todos los botones y manivelas, y nunca se equivocaba si había que aumentar el calor o la luz, llamar al periódico o al circo, detener el ascensor o avisar al autobús cuando pasaba por al lado. Me parece que el ser humano de ahora ha desarrollado un instinto especial en el manejo de las máquinas. Así como las personas de épocas pasadas, sin darse cuenta, medían, por ejemplo, la fuerza del impulso para cerrar la puerta, nosotros apretamos un botón y sabemos de antemano que se dará un portazo sin ruido. Del mismo modo, instintivamente giramos palanquitas lo justo para que

se oiga el canto de ópera únicamente en una de nuestras habitaciones, o pasamos de una acera móvil a suelo firme, si bien alguien no acostumbrado se caería sin duda al hacerlo. Y nos parece completamente natural que a un movimiento de mano tan débil, a una inclinación de manivela tan poco perceptible correspondan determinados efectos. Casi creemos que todo esto se realiza «por sí solo», que está en la naturaleza de las cosas, como antes, mientras prendían una hoguera con un fósforo, sabían que obtendrían una llama.

Ahora, a la fuerza, me he vuelto una persona considerablemente más informada: mucho me ha tocado reflexionar, mucho he tenido que indagar y, por último, de mucho me he enterado por los periódicos, que desde hace ya dos meses no se cansan de comunicar al mundo entero los pormenores de la catástrofe. Ahora sé (aunque ya lo sabía antes, pues lo había estudiado en la escuela, solo que en buena medida lo había olvidado) que toda la tierra está dividida en ochenta y cuatro «regiones de máquinas», cada una de las cuales posee su propia estación eléctrica autónoma, independiente de las demás. Cada una de estas regiones consta de «distritos»: en la nuestra había dieciséis, y en cada distrito también estaba instalada una estación central, de forma que todas ellas se encontraban conectadas entre sí. Finalmente, un distrito se subdividía en «themas», con «subestaciones» en cada uno, que recibían energía de la estación central. En nuestra Oktopol se ubicaba precisamente la estación central del distrito, que daba servicio a ciento cuarenta y seis temas. Y si la desgracia abarcó un espacio relativamente pequeño, esto se explica exclusivamente por el hecho de que gran parte de las comunicaciones con estos fuera interrumpida a tiempo. Por eso, la rebelión, que había comenzado en la estación central, sacudió solo la propia Oktopol junto con los al-



La rebelión de las máquinas

rededores y cerca de treinta temas circundantes, mientras que podía haberse adueñado de nada menos que ciento cincuenta.

Si se puede hablar de un *plan* de rebelión, de su «preparación», de su «premeditación», lo desconozco. Por disparatada que resulte semejante idea, tras todo lo que he sufrido, ya no sé qué es inconcebible y qué es posible. Durante la rebelión, las máquinas actuaban con tal sistematicidad, con una lógica tan diabólica, que estoy dispuesto, a pesar de todas las burlas de la inmensa mayoría y las severas reprimendas por parte de los científicos, que se esfuerzan por meter en razón a los dementes «fantaseadores», reitero que estoy dispuesto a aceptar que la rebelión fue, si no «premeditada», sí «preparada» de antemano. Entonces, el plan de los amotinados quedará completamente claro: iniciaban la rebelión no en una pequeña subestación, donde su importancia habría resultado relativamente insignificante, sino en la estación central, con lo que esperaban amotinar el distrito entero, y luego, quizá, a través de las comunicaciones, toda la región, es decir... un espacio ingente, igual al de uno de los antiguos Estados. Si estaba en los propósitos de los amotinados provocar posteriormente la revolución en toda la tierra, yo, por supuesto, lo ignoro.

Falta añadir —para mi vergüenza, esto también lo he averiguado solo ahora tras lo vivido, a partir de los periódicos y las clases— que algunos científicos llevaban tiempo prediciendo la posibilidad de semejante motín. Resulta que hace ya muchos siglos se observó un paralelismo en los fenómenos de la vida, como se los denomina, de la orgánica y de la inorgánica. Por ejemplo, el crecimiento de un cristal es análogo al de una planta y un animal; las roturas de los cristales son rellenadas por las «fuerzas de la naturaleza» de forma análoga a lo que ocurre con las heridas de un cuerpo «vivo»; las perlas están expuestas a las

enfermedades; los minerales también; los metales poseen un límite de tensión y resistencia; los hilos de alambre «se cansan» si se los obliga a trabajar demasiado, y se niegan a obedecer; algunos elementos (o sustancias, no sé cómo se debe decir) se imanar espontáneamente; las corrientes eléctricas, con una condensación considerable (de nuevo, pido disculpas por un término probablemente incorrecto), también empiezan a actuar de forma espontánea; todos los chóferes y pilotos han observado como los motores «se vuelven caprichosos» sin causa externa alguna, etc., etc. Sin embargo, todo esto lo conozco tan vagamente que no puedo escribir sobre ello: así pues, es probable que en estas pocas líneas haya cometido muchos errores. Repito: que la interpretación de los hechos la den otros más competentes; a mí me corresponde relatar lo que yo vi.

A la narración paso ahora y, es más, me esforzaré en apartar de ella por completo toda clase de explicaciones. Dejo a un lado «por qué» y «para qué», y responderé solo a la pregunta «qué». Además, mis respuestas atañerán únicamente a un conjunto muy reducido de acontecimientos: el límite de mis observaciones quedó marcado por Oktopol, ya que en todo el transcurso de la catástrofe no abandoné la ciudad. Yo no soy más que un ser humano, una mota de polvo en un gran huracán, pero lo cierto es que de mil millones de motas de polvo se compone la totalidad del huracán y, por limitada que fuera mi percepción, en ella cabía entero el horror que sacudió toda la tierra e incluso, según dicen, todo el universo.

II

Sobre cómo comenzó la catástrofe nada puedo referir. Ahora se sabe que los primeros

La rebelión de las máquinas

fenómenos terribles, por así decirlo, la señal para la rebelión general, sucedieron en la Estación Central. Pero qué aconteció en ese lugar, qué clase de espectáculo monstruoso sobrevino a las personas que trabajaban allí, no lo contará ninguna de ellas, porque todas perecieron hasta la última. Ahora, mediante diversas conjeturas, se intenta reconstruir la escena de fantasía infernal que se representó en las inmensas salas subterráneas de la Estación: los aguaceros de rayos encendidos repentinamente, todo el flujo de descargas eléctricas, el estruendo semejante a un millón de truenos que estallan a la vez, los cientos y miles de personas —ingenieros, ayudantes, obreros ordinarios— que cayeron carbonizados, aniquilados, hechos pedazos o gesticulando en una danza increíblemente dolorosa... Pero no son más que meras suposiciones, y quizá todo sucediera de una forma completamente distinta. En cualquier caso, yo no sé nada al respecto, y tampoco lo sabía en aquellos minutos o, mejor dicho, instantes en que tuvo lugar todo esto.

Cabe señalar que a nosotros, a la familia entera, nos despertó, como siempre, la alarma matutina, programada para las siete y cuarto. Por lo tanto, a las siete y cuarto de la mañana todavía funcionaban los aparatos normalmente, a menos que se tratara de una astucia diabólica por parte de los conspiradores en su deseo de que no se descubriera antes de tiempo la rebelión iniciada. Encendimos la luz, mi esposa puso la cafetera automática en el hornillo, Andréi aumentó el calor en las habitaciones, y todas nuestras órdenes se cumplían con exactitud. O la catástrofe sucedió algunos minutos después, o en nuestra casa no funcionaba una corriente de la Estación, sino un acumulador local, o bien, repito, los amotinados escondían arteramente el verdadero estado de cosas a los habitantes de la ciudad... Tras las

paredes se oía el zumbido habitual de motores y hélices.

Me di prisa, ya que de camino al trabajo me proponía visitar a mi amigo Stefán, que se encontraba enfermo. Como no deseaba perder tiempo, le pedí a la yaya (así llamaba a mi madre toda la familia) que telefonara a Stefán para decirle que pasaría por su casa. La ancianita asió el auricular del teléfono fijo, se lo llevó a la oreja, apretó los dígitos correspondientes en el marcador y, por último, la tecla de conexión... Y, de repente, ocurrió algo que no pudimos comprender en el momento. La yaya se estremeció trágicamente, se puso toda rígida, dio un salto en el sillón y se desplomó en el suelo tras haber soltado el auricular del teléfono. Nosotros nos lanzamos hacia la mujer caída. Estaba muerta; de eso no había duda por su rostro desfigurado y por la ausencia de respiración, pero la oreja que había mantenido junto al teléfono se encontraba calcinada como si la hubiera golpeado un rayo de una potencia increíble.

Nos miramos mutuamente tanto con desolación como con asombro. Por supuesto que se hicieron intentos de reanimar a la ancianita, pero enseguida vi que era inútil. «Hay que llamar a un médico», dije, y me incliné para recoger el auricular del teléfono. Pero mi esposa se abalanzó hacia mí de un salto, me agarró la mano y comenzó a gritar decididamente: «¡No! ¡No! ¡No toques el teléfono! ¡Fíjate que tiene algo estropeado! ¡Te matará como a la yaya!» Con un cierto instinto, María había adivinado la verdad, casi a la fuerza — puesto que yo objetaba y me oponía— me impidió alcanzar el teléfono y con ello me salvó la vida, pero ¡ay!, ¡en vano! ¡Mucho mejor me habría resultado perecer entonces, en el propio comienzo de los horrores, con la misma muerte instantánea que mi pobre madre!

Tras una breve discusión, decidimos que yo subiría de inmediato al piso decimocuarto,



La rebelión de las máquinas

donde, según sabíamos, vivía un joven médico. Ya me había encaminado hacia la puerta cuando, de repente, se apagó la luz en todo el apartamento. Había ya bastante en la calle, pero todo este fenómeno nos dejó atónitos. Y una vez más María, con asombrosa agudeza, determinó al momento lo que estaba sucediendo. «Algo se ha estropeado en la Estación —dijo—, ¡ten cuidado!» Después, ordenó a Andréi de forma autoritaria que no tocara más ningún botón ni manivela: ¡prodigiosa perspicacia de la mujer que, sin embargo, no la salvó a ella misma! Pero, entretanto, yo ya estaba en el descansillo. Para mi asombro, allí se habían agolpado unas veinte personas, alarmadas, agitadas. Resultó que casi en cada apartamento había sucedido alguna desgracia: algunos habían sido asesinados, como la yaya, al intentar hablar por teléfono, otros habían recibido un terrible impacto al tocar la palanca del telecinema, a los siguientes los había escaldado el vapor que se había escapado, a uno le había congelado la mano la nevera, etc. Estaba claro que se había alterado el correcto funcionamiento de las máquinas y que todos los cables ocultaban ahora un peligro.

Tras haber intercambiado explicaciones incoherentes, resolvimos llamar el ascensor. Por un largo rato, nadie se decidía a dar la señal necesaria. Finalmente, un anciano se aventuró a apretar el botón. Nosotros lo mirábamos con pavor, pero él quedó indemne. Sin embargo, la cabina no aparecía: no funcionaba la corriente. Tras cierta vacilación, eché a correr escalera arriba, ya que solo necesitaba subir cinco pisos. En todos los descansillos se dejaban ver caras amedrentadas;

me preguntaban incesantemente qué había ocurrido. Sin responder, llegué corriendo al apartamento del médico y, como ya no me atrevía a llamar al timbre, golpeé la puerta con el puño. El doctor me abrió en persona asombrado por los salvajes golpes, puesto que yo la había aporreado como un loco. Él todavía no sabía nada y escuchó mis embrolladas explicaciones no sin una sonrisa de duda. Con todo, accedió inmediatamente a venir a nuestra casa para socorrer a la yaya, al tiempo que me aseguraba que, probablemente, se trataría tan solo de un desmayo.

Antes de mi llegada, el doctor había estado ocupado con alguna tarea en su pequeño laboratorio, adonde le seguí desde el recibidor. Ahora, mientras se preparaba para venir conmigo, es probable que quisiera cerrar algo herméticamente o, por el contrario, ponerlo en marcha. No sé con precisión qué se proponía hacer exactamente pero, ya se hubiera olvidado de mis advertencias o no les hubiera prestado atención, alargó negligentemente la mano y agarró una palanquita para girarla. Evidentemente, su mesa de trabajo tenía instalados unos cables especiales, cuando de repente, ante mis ojos, se desprendió de la palanquita una chispa azulada del tamaño de una buena cuerda y sonó un estruendo fatal, como un pequeño trueno. Y el doctor se desplomó ante mí sobre la alfombra, fulminado de muerte por este rayo casero... Yo me quedé paralizado en [aquí se interrumpe el texto].

[1908]